Personaje de mi pueblo: Don Andrés Aguilera, poseedor de una gran simpatía

Napoleón Nevárez Pequeño*

Nuestro pueblo, Hualahuises, Nuevo León, cuenta con personajes con los que la historia tiene una gran deuda: me refiero en esta ocasión a quienes se dedicaban al oficio de la peluquería, en realidad eran grandes artistas para el arreglo del cabello, la barba y el bigote. Muchos de ellos tenían en sus negocios la visita de parroquianos que iban con la finalidad de enterarse de los acontecimientos políticos, económicos y sociales sucedidos en nuestra comunidad, es importante destacar que el peluquero estaba considerado como el hombre más actualizado, ya que atendía en su negocio al alcalde, a los regidores, al comandante, al sacerdote, a los ministros de cultos religiosos, a los artesanos, campesinos, obreros, maestros, en fin, a todos los pobladores y en el lapso en que realizaba su trabajo, lo combinaba con la plática amena que daba lugar a que sus clientes lo empaparan de todas las "noticias" y esto le servía para que con los clientes posteriores, él iría enriqueciendo los comentarios, convirtiéndose estos lugares en lo que hoy llamaríamos una oficina de comunicación social, donde muchas de las noticias o rumores se originaban en la silla de estos famosos peluqueros.

Nuestro lugar de origen contó con un personaje que se dedicó durante muchos años a esta actividad, frente al edificio que alberga las escuelas "Profra. Eugenia González Villalobos" y "Profra. Remigia Pedraza Cárdenas", me refiero a don Andrés Aguilera, a quien tengo la plena seguridad que muchos lo recuerdan por su gran habilidad para hacer bromas de buen gusto, ya que tenía esa simpatía que sus clientes y amigos recibían con agrado.

Recordamos un hecho sucedido en el verano de 1948. Estando en la esquina de un negocio y no viendo la forma de cómo unos niños que se encontraban en la calle jugando lo dejaran descansar, echó a volar su imaginación: los llamó para manifestarles que él estaba comprando lagartijas que le había encargado un laboratorio de la ciudad de Monterrey, por lo que les pedía que si le ayudaban les pagaría cinco centavos por cada una, a lo que los niños de inmediato acudieron a su casa para prepararse con recipientes, cajas, bolsas y atrapar a estos animales.

Pasaron dos o tres días y estando atendiendo a uno de sus clientes, llegó un grupo de jovencitos a entregarle lo que habían capturado, pero cuál no sería la sorpresa de dichos niños que al tener don Andrés en sus manos las lagartijas, las levantaba, las observaba

Conde Suchil

*Cronista de Hualahuises, el "Vaticano de Nuevo León". Maestro egresado de la Esc. Normal Miguel F. Martínez y de la ENSE. Abogado por la Fac. de Derecho y Ciencias Sociales de la UANL. Ha ocupado los cargos de Secretario Académico de la Facultad de Ciencias de la Comunicación de la UANL; Inspector Escolar de Secundarias Nocturnas de la SE; Presidente de la Asociación Estatal de Cronistas Municipales de Nuevo León, José P. Saldaña. A.C.

detenidamente y decía: “lagartijo”, soltándolo y éste huía; sacaba otra, la levantaba y decía: “lagartijo” y lo soltaba; repitiéndose la acción durante más de cincuenta veces. Después de esto, únicamente tres resultaron ser “lagartijas”, causando la decepción y asombro de los chiquillos, ya que su trabajo había resultado en vano ya que recibieron solamente quince centavos, lo que ocasionó que ya no volvieron a capturar estos animalitos, quedando en su memoria esta broma sana que pasó a la historia.

De este simpático personaje se recuerda también que en alguna ocasión, encontrándose en una cantina del lugar, después de un buen rato de estar degustando algunas bebidas, hizo el comentario que él había preparado unas ristras de chorizo con la intención de venderlas y que el propósito no era hacer negocio, sino más bien recuperar algo de lo invertido. No faltó quien de los que se encontraban en el lugar, claro sin saber lo bromista que era el Sr. Aguilera, le solicitara la compra de dos ristras de chorizo, con diez trocitos cada una, a lo que inmediatamente don Andrés se retira a su casa para traer el producto que había vendido.

Pasaron los días y se vuelven a encontrar en el mismo lugar, reclamándole el comprador la mala calidad del chorizo, a lo que los demás parroquianos, conociendo a don Andrés y la fama que tenía de bromista, le preguntaron a qué se refería, a lo que el afectado contestó en forma molesta que lo que le habían vendido, en vez de chorizo un embutido que contenía anacuas maduras, causando la risa de todos los allí presentes y aceptando el comprador que había sido víctima de una broma más de este simpático personaje.